

Dentro de esta caravana se oyen muchas voces. Algunas susurran, otras hablan alto. Unas son entusiastas, otras están preocupadas. También las hay que recitan y hasta que cantan. Son voces que conviven y hablan de la convivencia; de las posibilidades y las dificultades que aparecen cuando compartimos espacios, proyectos o modos de vida con otros. En este número de *Caravana*, la pregunta que nos atraviesa -¿cómo convivir?- tiene muchas (im)posibles respuestas.

La idea de convivir incluye, desde los espacios de socialización que compartimos por defecto (familia, pueblo, escuela, barrio, servicios públicos) hasta utopías vinculadas a la creación de comunidades donde afines y dispares se desarrollan en armonía. Nuestra sociedad está atravesada por formas paradójicas de convivencia y frontera, desde los guetos destinados a las clases depauperadas, hasta las urbanizaciones donde los ricos "conviven unos con otros". ¿Qué hacemos en esos casos? ¿Apostamos por vivir en burbujas donde nos pensemos entre iguales? ¿De qué podría servirnos romperlas y entablar inesperados diálogos? ¿Existen situaciones donde la coexistencia no solo sea imposible sino que genera mayor violencia?

Ir de acampada, impartir un taller, jugar en el museo, formar un coro, sumar mundos, cambiar de continente, "inventar" una organización de trabajadoras, cohabitar un territorio en disputa. Las contribuciones incluidas en *Caravana* (.5) describen un conjunto de acciones y propuestas donde la convivencia y sus complicaciones son tema central. Así, la curadora **Kekena Corvalán** describe los campamentos artístico curatoriales que viene organizando junto a otros artistas y profesionales culturales desde 2015 como "momentos de compañía". Se trata de intensos encuentros con resultados dispares -una exposición, una obra colectiva- atravesados por el deseo y los retos de compartir vida. Para la investigadora y artista **Lucía Egaña**, los talleres artísticos -formas de arte habitualmente desplazadas por el museo a lo periférico- son otra tecnología cultural de la convivencia. Como explica en su texto, los talleres implican una "labor pedagógica para-institucional" donde se comparte tiempo y espacio de forma singular y con implicaciones individuales y colectivas muy distintas a las que habitualmente se dan en las instituciones museísticas. También sobre museos e instituciones culturales habla **Massa Salvatge** en su artículo *Molestar para estar*. Centradas en la aparición reciente de lugares específicos para la infancia dentro de estos edificios, Teresa Mata y Alba Oller se preguntan sobre las bondades de estos espacios que separan a niños de adultos. Sin querer determinar si estas estrategias espaciales son positivas o negativas, las autoras plantean el por qué de su existencia y qué revela acerca de nuestra capacidad o voluntad de ceder ante otros con necesidades distintas a las nuestras.

Refiriéndose al deseo intenso por las cosas bellas de la anarquista Emma Goldman, el pensador Juan Evaristo Valls Boix apunta cómo ese deseo podría traer consigo una nueva forma de vínculo social, "un vínculo que nos permitiera vivir juntas sin tener nada en común, en la holgura de las diferencias." El traslado a una villa familiar en las afueras de La Plata por parte de la artista argentina **Florencia Rodríguez Giles** durante la pandemia del COVID -y la posterior puesta en marcha entre sus amplios cuartos y jardines del proyecto CAOs- parece resultado de ese mismo deseo. Allí, como ella explica, pasaron a convivir personas muy distintas, desde niños a ex-usuarias de servicios de salud mental. Y así, de repente, "la convivencia con lo extraño se

transforma en una aventura política y existencial: un desafío a la educación y los valores que recibimos." En las "microtelenovelas", dibujos y pinturas de la artista peruana **Ximena Ferrer Pizarro** hay igualmente simultaneidad de idearios, deseos de otredad, sincretismo. En sus textos e imágenes realizados en Lima, Barcelona y Berlín, y presentes en este periódico en forma de contribución artística, se reflejan con ternura y belleza las contradicciones personales de crecer y vivir entre distintos sistema-mundo. En el caso de la curadora e investigadora **Andrei Fernández** y su experiencia en la Unión Textiles Semillas, son los tejidos los que sirven como vehículo para articular nuevos límites, otras formas de encontrarse y desbordarse.

En este número de *Caravana* también hemos querido reflejar dos proyectos de hablarenarte que son propuestas para estar con otros: *La Calle: un cancionero*, que tomó forma de coro barrial junto a Anto Rodríguez y Óscar Bueno, y *Escuela del Presente*, donde el énfasis se pone en dar respuesta a las urgencias de hoy a través del diálogo y experiencias intergeneracionales compartidas.

El texto de **Manar Idrissi**, curadora e investigadora palestina, merece una mención aparte. Manar estuvo residiendo en Planta Alta gracias a la red de espacios culturales TEJA y su estancia en Madrid le sirvió, entre otras cosas, para seguir investigando y difundiendo el patrimonio cultural destruido durante el asedio a Gaza. Sus palabras son el contrapunto a tantas experiencias donde diferencia y convivencia se dan la mano. En Palestina, en los territorios divididos y ocupados, no se puede convivir con quien te niega la existencia misma. Allí, lo que toca preguntarnos es por la convivencia del pueblo palestino atomizado y por cómo la memoria de su arte es una propuesta de resistencia frente al silenciamiento y el genocidio.

Escrito en minúscula y en constante mutación, hablarenarte (hea) es una organización sin ánimo de lucro que trabaja desde el año 2002 en el ámbito de la mediación cultural, el comisariado expandido, la creación contemporánea y la educación. **Planta Alta** es un espacio de residencias artísticas, investigación y encuentro ubicado en el centro de Madrid. Desde él, hablarenarte articula programas y redes en diálogo con instituciones y agentes culturales locales y foráneos.

Diciembre 2025 - Madrid

Un periódico de PLANTA ALTA
CARAVANA (.5)

hablarenarte:



Una obra de arte que se fabrica con vivir

Lucía Egaña Rojas

Artista, escritora e investigadora

Mientras repito mentalmente la palabra “con-vivir”, mi imaginación hace un zoom profundo a los pliegues que hay entre mis dedos, donde me encuentro con un sinnúmero de bacterias y microorganismos, invisibles a los ojos humanos, compartiendo mis espacios y vivencias cotidianas. O a la superficie de mi escritorio, mi teclado, las pantallas, las plantas y macetas junto a ellas, los cientos y miles de bichos con los que comparto mi casa y mi cama. Ácaros, arañas y moscas, algún gato que se mete o un humano que pasa a preguntarme algo. Me cuesta imaginar un espacio donde no esté conviviendo con otros seres, y es difícil no considerar mi cuerpo como un territorio de plena convivencia, que en otra escala es como el bosque que tenemos en mi comunidad junto a las viviendas.

Con-vivir, vivir-con. He pensado múltiples aristas desde donde abordar este texto: las formas de decir convivencia en mi infancia; las residencias como una manera de compartir un fragmento de la vida; la experiencia de convivir con cuarenta personas en una ruina industrial; y lo difícil que es convivir en un museo.

Con-vivir, vivir-con. Las escalas de la convivencia son inescrutables. Vivi hace una semana durante ocho horas con un grupo diverso de veinte personas que asistieron a un taller que convoqué. Lo que allí sucedió fue una dilatación del tiempo, abandonamos la cronología gregoriana y expandimos una singular temporalidad que dio lugar a afectos contruidos a punta de roce corporal, mientras se despersonalizaba el sudor, y se perdían los límites entre una y otra. Estoy convencida de que **los talleres son la forma más compleja e interesante de artefacto cultural, de lo que realmente es una obra de arte**. Los talleres abren un espacio común y compartido donde se barajan la creación, lo político, lo organizativo, los cuidados (y los descuidos), lo colaborativo, los conflictos, la confianza y la intención de cambio. Son lugares donde probar cosas, transmitir ideas, reflexionar críticamente, aprender y experimentar con saberes situados.

Los talleres son una tecnología cultural de la convivencia y, a la vez, una forma de arte que los centros de cultura de élite, como los museos, marginalizan a través de sus departamentos de mediación. Como si un taller sólo sirviera para avivar el entorno de una obra estática y desactivada por efecto de su contenedor, o incluso por su propia naturaleza inerte. Un taller a modo de “activación”, un taller como un pequeño gesto que busca acercar una obra de arte a alguien, como un espacio de comparecencia presencial en el que se suele impedir la expresión del cuerpo. Y a pesar de toda la atención que tiene lo activo en la cultura occidental (los activos en la economía, en el sexualidad, en las técnicas de grabado, entre otras); lo pasivo, tal como enuncia Francisco Godoy¹, tiene la capacidad de vincularnos a estructuras menos lineales y progresivas y tiende a relacionarse con el pensamiento circular, promoviendo una apertura que nos guía y transforma, sin tener necesidad de activarlo todo siempre...

He ofrecido muchísimos talleres durante los últimos veinte años, algunos largos y otros casi microscópicos. Los talleres me han llevado a explorar una gran diversidad de técnicas y tipos de expresión creativa, a desarrollar prácticas, metodologías, ideas, dispositivos y tecnologías. En algunos talleres hemos hecho libros, pinturas, coreografías, exposiciones, páginas web, fotografías, videos, dramaturgias, piezas de cerámica, oráculos, películas porno, traducciones, amuletos, memes, cartas, maquinarias, ficciones, cuerpos, archivos...

Es interesante que los talleres sean procesos donde, a pesar de que haya a veces materiales resultantes, no son para nada lo fundamental. Los talleres son prácticas catalizadas por el intercambio, espacios de encuentro en los que muchas veces la verticalidad, la autoría, la productividad y la explotación de obras² se vuelve difusa, inexpresiva o ausente.

Impartir talleres es hacer una labor pedagógica para-institucional donde compartimos un espacio-tiempo que habilita la convivencia en unos términos que no siempre emergen en los espacios institucionales destinados al consumo de artes visuales. Se trata de un intercambio basado en la presencia y en la escucha que tiene resonancias inmediatas y también ulteriores, extendidas en el tiempo. Algo se atomiza a partir de un evento colectivo, que expande sus resonancias y metodologías en ramificaciones individuales que a su vez se vuelven a replicar en otras comunidades. **En los talleres emergen formas de convivencia** singulares que dilatan el tiempo compartido, también aparecen formas de con-vocar. Habitualmente a mis talleres asisten muchas personas disidentes del sexo y del género, migrantes y/o racializadas, con las que hay una experiencia, una historia o una afinidad, aunque sea parcial o especulativa. Y a ellas se suman otras personas, convocadas por el espacio que acoge la experiencia, según sus redes materiales o de afinidad. En ese sentido, cada taller es permeado por el espacio que le da lugar, haciendo que el personas, convocadas por el espacio que acoge la experiencia, según sus redes materiales o de afinidad. En ese sentido, cada taller es permeado por el espacio que le da lugar, haciendo que el “dónde” juegue un importante rol en los procesos de (sobre)vivir con otras. Etimológicamente, con-vivir es subsistir con otras, es mantener la vida en comunidad, eludir la muerte como estado definitivo, aunque compartamos con la presencia de la muerte nuestros cuerpos, nuestros vínculos, o nuestras fantasías.

El campo de las artes visuales se ha sostenido históricamente en la ficción de la individualidad y la independencia, desatendiendo las formas comunitarias de creatividad. Por eso es que, desde mi rincón comunitario en ruinas, desde la casa que me protege de la intemperie, que me abraja y me viene a a-hogar con su insistencia en lo común, con lo vivo y lo muerto, y en el aprendizaje de lo que nos traen en estos tiempos agónicos, de juntarnos para no morir, en las ruinas, los talleres nos acompañan hasta encontrar nuestra grieta común.



Taller “A circle of consent”
Foto: Lila Efreimidou

ME CUESTA IMAGINAR UN ESPACIO DONDE NO ESTÉ CONVIVIENDO CON OTROS SERES, Y ES DIFÍCIL NO CONSIDERAR MI CUERPO COMO UN TERRITORIO DE PLENA CONVIVENCIA.



Foto: Atilio Orellana

ES NECESARIO TANTEAR Y ENCONTRAR LA FORMA DE ESTAR, DE COINCIDIR, DE ENSAMBLAR, DE CONVIVIR.

Los contornos

Andrei Fernández

Curadora e investigadora

Hace diez años que trabajo junto a tejedoras de diferentes comunidades del noroeste de Argentina. Las observo trabajar, las escucho, pienso en cómo mostrar sus trabajos, en cómo contarlos. Voy comprendiendo en este andar lo que sostiene los gestos continuos que trabajan hilos con los que luego se crean telas para contener, abrigar, ornamentar, enseñar. Así

Comenzamos a pensar a fines de 2022 una propuesta a partir de una afirmación: *creemos porque nos juntamos*. Atendiendo a lo que sucede en las ferias de intercambio de semillas en los períodos previos a un nuevo ciclo de siembra, organizamos desde inicios del 2023 encuentros con tejedoras del norte de Argentina, para hacer intercambios, nuestras semillas son metáforas. A finales de 2025 la UTS es una organización de casi 300 mujeres unidas por las epistemologías textiles y por el aliento de generar espacios de encuentro y aprendizaje. Está conformada por doce grupos de tejedoras/artistas y un grupo de investigadoras y activistas que nombramos “sembradoras”.

Al fundar esta Unión nos propusimos provocar un movimiento de transformación y sanación. No lo supimos inmediatamente, nos fuimos dando cuenta, no de lo que teníamos que hacer sino de que lo estábamos haciendo, al escucharnos. Algunas de nosotras tenemos trayectorias de vida similares, pero al escucharnos aparece la sorpresa de habitar lo común de formas diferentes. También sucede que ante una persona que tuvo una vida totalmente distinta nos damos cuenta que podemos encontrarnos en ella con un reflejo, algo semejante, inesperado. En las múltiples rondas que creamos nos enfrentamos a comprender nuestras heridas, personales y colectivas. Aparece la certeza de que necesitamos cicatrizarlas y que ese proceso puede ser con goce y belleza.

En estos años, viajamos hacia siete comunidades rurales para organizar encuentros en los que nos reunimos aproximadamente treinta personas, referentes de los grupos y colaboradoras. Quince mujeres de la UTS fuimos a un encuentro en Berlín, diez hicimos una residencia para artistas en Buenos Aires. También fuimos a una feria de arte contemporáneo en Lima. En todas esas situaciones convivimos varios días, nos conocimos en todos los horarios del día. Pasamos mucho calor juntas, buscamos sombra para protegernos, cocinamos, compramos ropa, nos ayudamos a buscar regalos. Cantamos, bailamos, descansamos de las tareas que solemos hacer en nuestras cotidianidades. Nos sentimos alegres, nostálgicas, rebozadas. Pero en esas convivencias crece tam-

bién la presencia de la incomodidad y del asombro. Es necesario tantear y encontrar la forma de estar, de coincidir, de ensamblar, de convivir. Cuando la otra persona no responde cómo esperamos o hace algo que nos resulta incomprensible, creamos un chiste que destraba tensiones: *bueno, es otra cultura*.

Hicimos desde la UTS obras colectivas en las que tuvimos que pensar cómo unir los límites de lo que sabemos, esos bordes que cuidamos, nuestros contornos. Un grupo no se concibe a sí mismo como una entidad con rígidos límites y principios de identificación e interacción, sino que se percibe como un organismo flexible y dinámico, que elabora sus diferencias e igualdades con otros colectivos mediante el intercambio con ellos. El antropólogo Fredrik Barth señala que la pertenencia no se define por sus rasgos culturales, sino por la forma en la que el grupo percibe y define sus límites y sus fronteras. En eso pienso siempre que estoy en los encuentros con las tejedoras, mientras ellas tejen, se abrazan, y yo me muevo de un lado para el otro sin saber muy bien qué hacer. Deambulo, con desconcierto y en ese andar descubro otras formas de estar.

Cada una de las que somos parte de esta Unión, a la vez somos parte de otros grupos. Algunos de esos grupos son pequeños, cuatro mujeres que se reúnen en una casa a tejer y cocinar al lado del río. Hay grupos grandes compuestos por muchas familias. Hay grupos que han abierto tiendas para vender sus trabajos, grupos que llevan sus trabajos a otros países, mi grupo trabaja con una galería de arte en Londres. Hay grupos que ponen más el foco en aprender que en vender. Hay cooperativas de trabajo que ya tienen décadas de experiencia, hay profesoras en la universidad pública, arqueólogas, diseñadoras y comunicadoras que han armado un grupo nuevo, hay también personas que colaboran cuando pueden, porque el tiempo y la energía son bienes escasos en esta época. Hay personas que alientan, personas que susurran posibilidades. Cada una busca en la Unión algo y quizás no encuentra lo que esperaba, sino otra cosa. Aparece en la convivencia, algo que no imaginábamos, que nos hace desbordarnos, que nos hace elegir esa incomodidad, no estar solas. Aparece un nuevo *nosotras*, lleno de pliegues, que sin duda se puede habitar como un refugio.

En esa *crecida* que provocamos al juntarnos, el desafío constante es comprender lo que rompe ese desborde, cómo se crean nuevos límites que demarcan pertenencia, cómo se extienden los límites, qué se cicatriza. Los tejidos nos enseñan de eso, son nuestras maestras. El crecimiento también duele, como duele el propio cuerpo cuando crece y sentimos el peso de sostenerlo.

1 — Kenko o Qenqo es el camino zigzagueante de la montaña o serpenteante del río. En quechua se escribe *q'inqu* y se traduce también como “laberinto”. Se llama también kenkos a sinuosidades de la voz que aparecen en el canto de coplas en el noroeste argentino.

Carabanchel es un barrio de Madrid en cuyo origen se encuentra la palabra “caravana”, por localizarse en un cruce de caminos donde nobles y viajeros descansaban y sus campos les proveían garbanzos y suministros.

La calle, un cancionero rinde homenaje a este barrio donde se sitúa el espacio de creación **Planta Baja**, así como a la gente que decidió asentarse en él. Junto a **Óscar Bueno** y **Anto Rodríguez**, nos reunimos quincenalmente a escribir canciones propias de las calles en las que vivimos, los rastros de sus oficios y mercados, la vida que fluye por el río, sus cementerios, y también de los amores y los combates de resistencia republicana insignia de este enclave.

Cuentan que había gente
que soplaban murano
y otros que moteaban cristales
con las manos.
Destellos de luz y esperanza
de cambio en la calle del cura
socialista Antonio Vicent.
¡Ah!
Cuentan que los patos asustados
por la traca de Almeida
van borrachos de barro entre
los cañizares.
Están traumatizados.
Ya no les tiran panes.
Van al terapeuta
y toman lorazepanes.

El cancionero que compusieron entre marzo y junio de 2025 un grupo de vecinas y amigas de Carabanchel incluye jingles, una playlist con música para merendar, recetas y temas originales como *El beso* o *La primera canción*.

Cuenta con la inestimable participación de los cantantes Mercedes, Antonio Abeledo, Mamen Adeva, Natalia, Carlos Almela, Ricardo Campo, Antonella Dotti, Erea Fernández, Uxía Fernández, Pablo Merín, Ana, Teo Palomo, Julia Valera y Augusto Villa. También con la complicidad y apoyo de Flavia Introzzi y Olivia Butler Introzzi.

Diseño gráfico: Raúl Cuevas

